

**VEZZETTI, Hugo:** *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009, 280 pp.

Hugo Vezzetti escribe sobre Argentina, sobre el turbulento periodo de los años 70 y la lógica de la violencia revolucionaria y sobre la cruenta y represiva dictadura que se desarrolló entre 1976 y 1983, pero su obra aborda en realidad problemas más profundos que comporten todas aquellas sociedades, como la chilena, como la uruguaya, como la española, que padecieron un pasado reciente traumático: temas como la memoria, la verdad, el olvido, la justicia, la reconciliación, la responsabilidad.

Como en su conocida obra de 2002 (*Pasado y presente. Guerra, dictadura y*

*sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002), de la que retoma varias de sus cuestiones y enfoques, el autor habla del pasado posicionándose desde la perspectiva y los problemas del presente, con el objetivo de discutir sobre una *memoria justa* sobre la que basar un porvenir compartido para Argentina. Desde 2009 es fácil advertir los cambios que ha atravesado la memoria de ese pasado conflictivo en los últimos años: una memoria que, muy lejos de ser fija, ha pasado de estar centrada en la figura de las víctimas, como ocurría desde la recuperación de la democracia en 1983 y como quedó reflejada en el famoso informe *Nunca más*, a estarlo en la figura del militante y el combatiente y en la reivindicación de sus luchas e ideales. Un giro en el que es posible detectar las insuficiencias de la frágil democracia argentina y sus políticos para articular una memoria consensuada y una justicia más profunda.

A partir de esos desplazamientos de la memoria, que se empezaron a fraguar durante los años 90 y que se han desarrollado especialmente durante el gobierno de Kirchner, la obra de Vezzetti, concebida más como una serie de ensayos abiertos que como un trabajo con un desarrollo lineal, se construye sobre dos grandes núcleos: un primero en el que se exploran algunas de las claves de la cultura revolucionaria y un segundo, reducido finalmente a los apéndices, en el que se investiga sobre la representación material y pública de esas memorias.

Como afirma el autor, los crímenes y delitos cometidos por los militares con el control de todos los resortes del Estado son totalmente incomparables con los producidos por las organizaciones revolucionarias. Sin embargo, la búsqueda de esa *memoria justa*, en un contexto en el que clichés como la *teoría de los dos demonios* ya no son válidos, lleva a preguntarse por las responsabilidades de estas últimas durante los *años de plomo*, sobre sus muertes y sobre su actuación durante el

gobierno democrático de 1973-1976. Se trata de un tema que ha sido poco tratado desde los primeros años de la nueva democracia (se podría citar, por ejemplo, a GIUSSANI, Pablo: *Montoneros: La soberbia armada*. Buenos Aires: Sudamericana, 1984) y que bordea lo políticamente incorrecto en un momento en el que se ha producido una auténtica explosión de obras sobre la militancia setentista en las que no ha faltado muchas veces una mirada auto-complaciente.

Vezzetti desentraña así en primer lugar los fundamentos de la lógica de esa violencia revolucionaria, centrando su análisis principalmente en la organización peronista Montoneros. En diálogo con autores como Óscar Terán o Pilar Calveiro, se exploran varias de las interpretaciones y memorias, contemporáneas a los hechos y actuales, sobre dicho fenómeno, en un análisis del que habría que subrayar la recuperación de los debates, muchas veces olvidados, suscitados por los exiliados de la dictadura. Vezzetti demuestra de esta manera que, lejos de haber constituido un tabú, la polémica sobre la interpretación de la violencia revolucionaria estaba ya presente en los años 70 y los primeros 80.

El autor pasa luego a indagar acerca de algunos de los tópicos que construyeron el sustento cultural y subjetivo de esa práctica violenta. Tópicos como el de la *muerte bella*, el culto a los caídos, el desprecio de la política, el honor y la canalización de la muerte ajena aparecen constantemente en el andamiaje de los revolucionarios. El autor busca también los orígenes de esa cultura, que poco bebe de la tradición marxista, y los encuentra ante todo en la tradición jacobina y la reinterpretación guevarista del marxismo y, dato polémico, en el fascismo. Su conclusión sobre este punto es que, más allá del turbulento y represivo contexto sobre las que se desarrollan las implicaciones que encerraba la filosofía revolucionaria llevaba casi inexorablemente a esa exaltación de la violencia y a su práctica.

El ensayo se cierra con un apéndice en el que se recogen tres trabajos del autor, escritos entre 2004 y 2006, sobre la representación material de esa memoria, sobre la base de dos proyectos: el del Museo de la ESMA (quizás el más paradigmático centro de detención clandestina de la dictadura) y el del Parque de la Memoria, en el que se ubica el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado. En las polémicas sobre estos proyectos vuelve a aparecer el conflicto entre la memoria de las víctimas y la memoria de militancia y un punto realmente crítico a la hora de construir un porvenir y una memoria compartida: la ausencia, voluntaria, del Estado y de una política sobre el tema de largo y la delegación de estos asuntos y estas funciones casi exclusivamente en manos de las organizaciones de Derechos Humanos.

El libro termina sin el clásico apartado de conclusiones y la elección no debe ser casual: el debate sobre lo sucedido en los violentos años de la Argentina sigue abierto y el polémico carácter de la obra de Vezzetti invita a la introspección (y no sólo a los argentinos) y a preguntarse sobre las responsabilidades del conjunto de la sociedad en aquel pasado traumático.

Joaquín Baeza Belda